

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, passage Sautnier, número 4, en París.

AÑO 29. — N° 905.

## SUMARIO.

M. Marie; grabado. — Fiesta literaria en Madrid. — La duquesa de Berry; grabados. — El plebiscito: El comité central plebiscitario; grabado. — Revista de París. — La Caridad. — Las huelgas de Francia; grabados. — La tormenta del 18 de abril en Lisboa; grabado. — Literatura dramática: «El Agente secreto.» — El anfiteatro galo-romano descubierto en París; grabados. — La cascada del bosque de Vincennes; grabado. — El Doctor Témis, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — Problemas de ajedrez; grabado. — Exposición de 1870 en el palacio de la Industria; grabados.

## M. Marie.

Otro luto para el foro y para el mundo político en Francia. El jueves por la mañana ha muerto en París M. Marie, al cabo de una corta enfermedad.

Como abogado y como hombre político, M. Marie ha ocupado sucesivamente las situaciones más eminentes. Ha sido bastonero del orden de los abogados de París, diputado, miembro de la comisión ejecutiva, ministro de Obras públicas, ministro de Justicia, presidente de la Asamblea nacional y diputado del Cuerpo legislativo.

Todos estos títulos nos dicen que el nombre de M. Marie pertenece a la historia contemporánea, y que es de aquellos a quienes dice el poeta: *Non totus moriar!*

Recordaremos en breves palabras los actos principales de tan memorable carrera.

M. Marie nació en Auxerre en 1795; pero apenas fué abogado vino a ejercer en París, porque se sentía llamado a un gran teatro, y todos los triunfos que ha obtenido justifican plenamente su noble orgullo.

El joven abogado supo probar desde luego que el carácter se hallaba en él a la altura de la inteligencia.

Afirmó altamente sus convicciones democráticas que ha sostenido hasta el último día de su vida: digámoslo en honra a su memoria.

Su vida política principió con la revolución de 1830; entonces defendió con ardor a M. Cabet, encausado por la publicación de su obra titulada *la Revolución*, y a Pepin, uno de los cómplices de Fieschi.

Esta participación a las luchas de la oposición no podía menos de abrirle

las puertas de la Cámara. En 1842 fué nombrado diputado por el 5° distrito de París, y a su entrada en el Palacio Borbon, M. Marie tomó asiento en los bancos del extremo izquierdo, al lado de Arago, Ledru-Rollin, Garnier Pagés y Dupont de l'Eure.

Su nombramiento daba un buen refuerzo a la oposición radical, y cuando llegó el día del triunfo, M. Marie se halló naturalmente designado por la opinión para formar parte del gobierno provisional.

Nos falta espacio para señalar aquí las peripecias y las luchas que llenan la historia de la República; sin embargo, recordaremos los rasgos principales de su carrera en aquella agitada época.

M. Marie fué quien organizó como ministro de Obras públicas los talleres nacionales, cuya disolución provocó una crisis tan terrible. Grandes fueron los ataques que debió sufrir por aquel motivo. Los moderados echaron en cara al ministro que había abierto las puertas a la temible cuestión del derecho al trabajo, que el socialismo tenía entonces a la orden del día, y los socialistas que era inconsecuente negándose a reconocer un derecho que hasta cierto punto había aplicado.

Ahora bien, nosotros debemos decir aquí que el derecho al trabajo no formó nunca parte del programa de M. Marie, que siempre lo combatió vigorosamente.

Un obrero quería una vez discutir con él aquella teoría, y el orador hombre de Estado, le respondió muy oportunamente:

— Si os reconocéis con derecho para exigir trabajo a la sociedad, preciso es que, por una justa consecuencia, reconozcáis a la sociedad derecho para exigirnos a vos trabajo. ¿Queréis condenar a toda la sociedad a trabajos forzados?

Este rasgo nos indica a qué centro del partido democrático pertenecía M. Marie. Como diputado, como ministro, como miembro del gobierno provisional, el gran abogado defendió siempre las opiniones moderadas.

Añadiremos que fué asimismo tan firme como moderado, y que el 2 de diciembre M. Marie se alejó de la escena política con los vencidos de la causa republicana. Pero el día que se despertaron las libertades públicas volvió a encontrarse en pie para defender las ideas por las cuales había combatido toda su vida, y ha podido al morir saludar la resurrección del gobierno parlamentario. R. DE M.



M. MARIE.

## Fiesta literaria en Madrid.

DISCURSO

DEL SEÑOR LOPEZ DE AYALA

EN SU RECEPCION EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

(Continuacion.)

Nos hace presenciar el sublime momento en que, coronando las magnificencias de la creación, infunde Dios el soplo de vida en el primer hombre. Nos muestra el alma descendiendo llorosa de las purpúreas esferas, y el cuerpo inanimado sobre la tierra, pero ya confusamente conmovido con la esperanza de su próxima

exaltacion, y hasta nos hace oír lo que dirían, á poder hablar, antes de unirse. Oigámoslos :

ALMA.

Patria hermosa en que nací,  
Forzada á la tierra voy,  
Pero en cualquier parte soy  
Lo que en mi principio fui :  
No ha de haber mudanza en mí,  
Que aunque Dios me hizo de nada,  
Me hizo eterna, y desterrada  
De esta celestial esfera,  
Al esposo que me espera  
Protesto que voy forzada.  
Protesto que en la prision  
Del cuerpo en que he de asistir,  
Siempre desearé salir  
Por volver á mi region.

CUERPO.

¿Cuándo de esta confusion  
Saldrá mi ciego sentido?

ALMA.

¿Cuándo, amado patrio nido;  
A tu centro volveré?

CUERPO.

Nada soy, nada seré.

ALMA.

Siempre seré, pues ya he sido.

Se abrazan el cuerpo y el alma : la vida enciende su antorcha, y los tres caminan por el mundo, seguidos del pecado y de la muerte.

Asistimos á la tragedia del paraiso : vemos ásperos y rebeldes al hombre los mismos elementos que antes le eran afables y sumisos : escuchamos los ayes de sus primeros dolores y los sollozos de su arrepentimiento :

Castigame como padre,  
No como juez me destruyas.

Ya no siento tanto mis penas, dice el hombre enterne-  
cido dirigiéndose á Dios,

Como el ver que el padecerlas  
Ha de ser en ira tuya.  
¡Tú aborrecerme, Señor,  
Y yo aborrecerte! ¡Oh! ¡Nunca  
La naturaleza humana  
Llegue á tanta desventura!

Suenan las promesas de la redencion del género humano, y contemplamos su exacto cumplimiento al brotar en el costado de Cristo la fuente viva de la gracia, que distribuida en los raudales de siete sacramentos, des-  
cendiendo incesante á lavar las manchas de la culpa.

Explica Calderon los diferentes caracteres de la ley natural, la escrita y la de gracia. Conversa cariñosamente con la ignorancia, esclareciéndole los misterios de la misa. Reprende á los que, incurriendo en error pagano, atribuyen los bienes y los males á la fortuna para mostrarse hipócritamente quejosos é ingratos con la Providencia, asegurando que *no hay mas fortuna que Dios*. No hay instante sin milagro, grita á la incredulidad.

Plantea y desenvuelve las cuestiones mas abstractas, jugando con su asunto, segun la frase de nuestro inolvidable amigo Pedrosó, como el héroe de *Ercilla con el macizo libano fornido*, expone los misterios mas profundos con fe tan sencilla, con tan inquebrantable serenidad, que no parece solo que los cree, sino que los sabe.

Desde la creación del primer hombre hasta la muerte del Justo, no hay figura del Nuevo ni del Viejo Testamento, no hay profecía, parábola ó tradicion piadosa, que no sea expuesta en su teatro sacramental con la varia y solemne entonacion que requieren tan levantados asuntos, con la ardiente y melancólica poesia, propia de las regiones en que tuvo lugar el drama de nuestra redencion, y al mismo tiempo con toda la claridad que era indispensable en obras escritas para ser representadas en la plaza pública y en presencia de todo un pueblo.

Consignados los fundamentos de nuestra fe; desenvueltos magistralmente los argumentos en que se apoya y las pruebas que la confirman; explicados todos sus preceptos con tanta lucidez que cualquiera de los espectadores puede exclamar con el autor :

Tales todos ellos son,  
Que pudo habérmelo dado

La misma razon de Estado,  
Cuando no la religion.

Pasa del teatro sagrado al profano, y roto ya el velo de la alegoría y desembarazado del artificio de la parábola, nos muestra en acciones reales todo el fruto que la semilla evangélica, cultivada por el martirio, comienza á producir en el mundo. Vemos á Crisanto, hijo de un senador romano, silenciosamente iluminado por los rayos de la cruz, en medio de las tinieblas del paganismo; le vemos exaltarse al presenciarse la bárbara muerte de su cristiano maestro Carpofo, hasta el punto de confesar á voces, á la faz de los ministros de Numeriano, la religion de Cristo : encendida en el fuego de su heroismo, su prometida esposa Daria se declara cómplice del mismo delito, y en medio de los rigores del tormento, oímos la enérgica protestacion de fe de *los dos amantes del cielo*. Sublime situacion que, reproducida despues por Corneille, y últimamente enriquecida con las divinas melodías de Donizetti, todavía aparece sobre la escena, arrebatando el ánimo de los espectadores.

¡Ay de tí, pueblo infelice!

¡Ay de tí, misera Hibernia!

grita el apóstol de Irlanda, procurando despertar á sus hijos del estúpido sueño del ateísmo. El temerario Ludovico, tan enérgico en el pecado como en la penitencia, nos describe despues *el purgatorio de san Patricio*.

Voces lúgubres y misteriosas, que expresan conceptos jamás oídos, turban y suspenden la bulliciosa alegría con que la réproba descendencia de Cain rinde culto á su ídolo Astarot en cuyo templo se encuentra congregada. Todos los ojos y oídos atienden al sitio de donde salen tan extraños acentos : un hombre se aproxima : oigamos cómo le describe la hija del rey Polemon :

Es su estatura mediana ;  
Su barba y cabello en crencha,  
Partida á lo Nazareno  
Y de cenizas cubierta.

El rostro es grave, la voz,  
Bien como de una trompeta,  
Armoniosamente dulce  
Y dulcemente tremenda.  
Vivo esqueleto en un vil  
Báculo el cuerpo sustenta,  
Es todo su adorno un saco  
Ceñido con una cuerda.

Entra san Bartolomé repitiendo :

¡Cristo es el Dios verdadero!  
¡Penitencia, penitencia!

El báculo en forma de cruz que le sostiene despide llamas que inundan el templo, enmudece el ídolo, y aunque despues el pueblo de la Armenia inferior hace que su apóstol *mude la piel como culebra*, ya ha escuchado la palabra divina ; ya tiene rotas en sus manos *las cadenas del demonio*.

Vemos cautiva la cruz de Cristo y la piadosa hazaña con que el emperador Iteracio consigue *la exaltacion de la cruz*. *El gran príncipe de Fez* nos manifiesta que ni la bárbara intransigencia mahometana es muralla impenetrable á la sutilísima llama del Evangelio. En *el príncipe constante*, don Fernando de Portugal, aparece el modelo del caballero cristiano. Entregando á Ceuta, puede librarse del cautiverio que marchita su juventud y aflige su cuerpo : siente como humano el hambre y el frío, y todos los rigores de su fortuna, de quien amarguísimamente se queja. « ¿Por qué no me das á Ceuta? » le pregunta indignado el rey de Fez. « Porque es de Dios y no mia, » le responde resignado el infante. Duérmese fatigado Enrique VIII sobre el mismo papel en que estaba escribiendo la refutacion de los errores de Lutero; aparece la imagen de Ana Bolena, borra lo escrito y dice :

« Yo tengo de borrar cuanto tú escribes. »

Así comienza *la Cisma de Inglaterra*. ¡Soberbia exposicion! Ella sola manifiesta hasta qué punto la rebelion de la carne dió alas á la heregía que mas aflicciones ha causado á la Iglesia. En *la Virgen de los Remedios*, *San Francisco de Borja*, *Judas Macabeo*, *la Virgen de la Almudena*, *Desagravios de María*, *el José de las mujeres*, *la Margarita preciosa* y otras varias, es tambien la religion el principal resorte dramático, sin que jamás la osada fantasía del poeta relaje en lo mas mínimo la severa ortodoxia del profundo teólogo. El mismo autor, que manejó los asuntos históricos con el notable descuido que sus críticos le echan en cara, trató con escrupulosa puntualidad los religiosos. Pero ¿cuál era la historia de su país? ¿cuál habia sido el impulso de su política?

No me incumbe juzgarla en este momento ; pero es lo cierto que la religion habia provocado los supremos esfuerzos de la monarquía, y evidenciar los testimonios de nuestra fe equivalía á justificar nuestra conducta : reproducir en la escena las grandes virtudes inspiradas por el cristianismo, era tanto como apelar á los altos ejem-

plos que anticipadamente abonaban el piadoso arranque de nuestros príncipes y el generoso concurso de sus vasallos. Al asistir á la representacion del grandioso drama *la Exaltacion de la cruz*, al ver que el emperador Heraclio, cuando recibe la noticia de que los persas han cautivado el símbolo de la redencion, rompe el retrato de la mujer á quien ama, como desprendiéndose de todo afecto humano, enluta sus banderas, con roncadas trompetas y cajas destempladas convoca á su pueblo, y jura y cumple no esquivar peligro ni fatiga hasta poner la cruz de Cristo en el propio lugar donde la adoraron Elena y Constantino ; al oírle exclamar :

Sagrado leño, yo os juro  
De no volverme sin vos,  
Si mil veces aventuro  
El mundo en rescate vuestro.  
Pero ¿qué mucho, qué mucho  
Que todo el mundo aventure  
Por quien salvó á todo mundo?

¿Quién no recordaria á Felipe II, que en varias ocasiones pronunció casi idénticas palabras; que ermitaño de su palacio, esclavo de su idea, flaco de cuerpo, fortísimo de espíritu, pugnaba incansable, como Horacio, por llevar triunfante sobre sus hombros al templo de Jerusalem

El madero soberano,  
Iris de paz, que se puso  
Entre las iras del cielo  
Y los delitos del mundo?

Al aparecer en *la Serpiente de metal* la imponente figura de Moisés ; al contemplar la honda indignacion con que derriba y hace pedazos el becerro de oro, á cuyos piés se habia prostituido el pueblo de Dios, ¿qué espectador no recordaria la popular hazaña del mas famoso de los hijos de Estremadura, que al derribar los ídolos en presencia del atónito pueblo de Motezuma, pudo exclamar con el Moisés de Calderon :

¡Ved vuestras idolatrías  
Qué dios adoran, villanos,  
Pues lo hicieron vuestras manos  
Y lo deshacen las mias!

No estaban en Grecia, ni en Roma, ni aun en las crónicas de los antiguos reinos de Castilla, las premisas y antecedentes de aquellos españoles que, en defensa de la verdad católica y á la sombra de sus banderas, lucharon en Alemania, en Flandes, en Italia, en Francia, en el archipiélago de Grecia, en Africa y América. Causas mas altas engendraban las impetuosas acometidas é inquebrantables resistencias que ensangrentaron las tierras y los mares. Los fundamentos de la doctrina católica eran las sólidas razones de su política; la luz del Evangelio, la justificacion de sus armas; las relaciones del cielo con la tierra, sus verdaderos antecedentes históricos.

De este modo consideradas, las comedias religiosas de Calderon son á la vez históricas y políticas. Si al juzgar estas obras los críticos afrancesados del pasado siglo hubieran podido colocarse á la altura de su autor, ¿quién duda que hubiera sido menos frío y pedantesco el desden con que las trataron?

Si el valor y la lealtad, elementos designados entre los constitutivos del carácter nacional, no componen el único ni el principal resorte de ninguna obra determinada de nuestro autor, en todas las suyas resplandecen, sin embargo, ambas cualidades. A Calderon hubiera sido imposible vestir de caballero á ningun cobarde.

Todos sus personajes se muestran leales á sus príncipes : si alguno se exceptúa de esta regla, de seguro no es español. El mismo Gutierrez de Solís, al quejarse al rey Don Pedro de la conducta del infante Don Enrique, y al manifestar que está resuelto á lavar con sangre y cubrir con tierra su deshonra, añade en seguida :

No os turbeis, con sangre digo  
Solamente de mi pecho,  
Que Enrique, estad satisfecho,  
Está seguro conmigo.

La proximidad al trono le sirve de escudo. Quiere Muley poner en libertad al infante Don Fernando, burlando la confianza y arrostrando las iras del rey de Fez : el noble portugués le contesta :

Muley, amor y amistad  
En grado inferior se ven  
Con la lealtad y el honor;  
Nadie iguala con el rey,  
Él solo es igual consigo.

Se trata de un rey enemigo de la cruz; y el cristiano cautivo, por cumplir con la obligacion en que le pone su lealtad de dar este consejo, pierde la libertad y la vida. Prueba evidente de que nuestro autor no admitia excusas ni excepciones en los deberes de la fidelidad.

Rasgos semejantes esparcidos en todas sus obras, y la

suma reverencia con que siempre habló de la púrpura, y te... han disgustado á algunos críticos naciona...

La Academia me consentirá una liger caminada á poner en su punto un elemo...

Dejando á un lado el Per me Reges F virtiendo la persona del monarca en rep...

¿Es acaso, como se desprende de la n sura, nuestra índole humilde y nuestra...

Es, sin disputa, nuestra indómita sobe da en todos los efectos de la discordia...

Contemplad á los españoles en todas lugares en que, apartados ó exentos del...

Seguidlos lejos de su patria, y en tod crecerles el ánimo á medida que se aum...

Repasad conmigo algunas páginas de nuestra historia. ¿Quién no recuerda conmovido aquel...

acudieron en su defensa. A la vista de los que acababan de desembarcar mostró la claridad del día...

Recordad la memorable expedicion de catalanes y aragoneses: el enérgico despertá ferro de los almogávares...

órden á los catalanes y aragoneses, ores de Atenas, bajo el mando y pro...

, nunca confundió Calderon la reve o, y supo marcar límites al respeto...

tierra os levantad, esas ceremonias son uien con vana ambicion divino se atreve, te solo á Dios se debe umplida adoracion.

antas causas ha sido siempre la leal- ñoles; pero nunca fué menos enérgi- nra. Oid lo que dice un plebeyo pa-

la hacienda y la vida n de dar; pero el honor rimonio del alma, lma solo es de Dios.

, y algunos le siguen, que es el honor el lo que era la fatalidad en el griego. ni por sus medios y resultados con-

ontribuyeron á vigorizar esta prenda r hasta el punto de hacer proverbial

en el mundo el honor castellano. Heredamos de los go- dos aquella inquieta altivez, celosísima de su dignidad...

g  
of  
su  
bri  
Nu  
P  
dad  
nar  
mo  
pró  
tica  
C  
Alo  
viej  
bon  
alta  
gen  
pen  
zoc  
tura  
te.  
dos  
N  
Nav  
d  
n  
p  
so  
to  
me  
ta  
r  
l  
i  
y  
sa  
fa  
de  
la  
pro  
ten  
le

peligro y su encanto. Si á veces, para seguir las tradiciones del capricho, él se permitía algunas distracciones pasajeras, las lágrimas que hacia derramar se secaban muy luego. Había allí una excelente figura de diplomático siciliano, el anciano príncipe de Cas-teleicala, que en aquellas horas de crisis, replicaba con una admirable sangre fría y un acento no menos inimitable:

— Pero se me figura que todo el mundo busca distracciones; yo el primero, y S. M. el rey, nuestro augusto padre.

Cuatro años de felicidad disfrutaron, que se concluyeron como es sabido. En la noche del 13 de febrero de 1820, la duquesa de Berry dió pruebas de un gran valor; supo dominar su desesperacion, á fin de conservarse « para el hijo que llevaba en sus entrañas. » — Estas palabras recogidas en el lecho mortuario dijeron á la Francia que el desdichado príncipe asesinado tenía un sucesor.

Siete meses despues, el 29 de setiembre, nacia el duque de Burdeos. Aquel dia, quizás por la última vez, la poesia fué realista. Chateaubriand, Lamartine, Victor Hugo, Soumet, Guiraud y otros celebraron aquella cuna rodeada de una milagrosa auréola. Leyendo los diarios de aquellos dias se pregunta uno qué se hizo de aquel entusiasmo monárquico que se exhalaba entonces en testimonios, á veces ridículos, pero siempre interesantes. Lo que no puede ponerse en duda es la energía que demostró María Carolina.

Los diez años que siguieron fueron, si no los mas felices, al menos los mas brillantes de su vida. La jóven viuda era una jóven madre, y á pesar de los puntos negros que ya se distinguían en el horizonte, podia creerse popular. Consolábase de su viudez esparciendo en su derredor los beneficios de su generosa naturaleza y mereciendo el título de *la bonne duchesse*. Protegia á los artistas, compraba cuadros, vivificaba la playa de Dieppe, trasformaba el ceremonial del placer, fomentaba las nuevas industrias, daba bailes de trajes, en los que se confundían la córte y los particulares, comunicaba por todas partes su movimiento y su llama, y en medio de las obstinaciones del pasado, prestaba el oído al porvenir que debía hacerla traicion y desterrarla.

El primer *omnibus* que circulo en Paris salió bajo su patrocinio; dos dias despues se sabia que habia subido alegremente á aquel vehículo con las bellas damas del *petit chateau*, tipos precursores de las vizcondesas de Beauséant y de las duquesas de Langeais, de M. de Balzac. Otra vez salva al Gimnasio de una ruina segura, autorizándole para que tome el nombre de *Teatro de Madama*. ¡ Feliz proteccion que dió á conocer á Scribe!

Cuando aquellos juegos de la filantropía que se divierte hacian demasiado ruido, el partido atrasado de la córte, el rey devoto, la delfina, que tenían en el alma tan trágicos dolores, fruncian el ceño; pero una son-

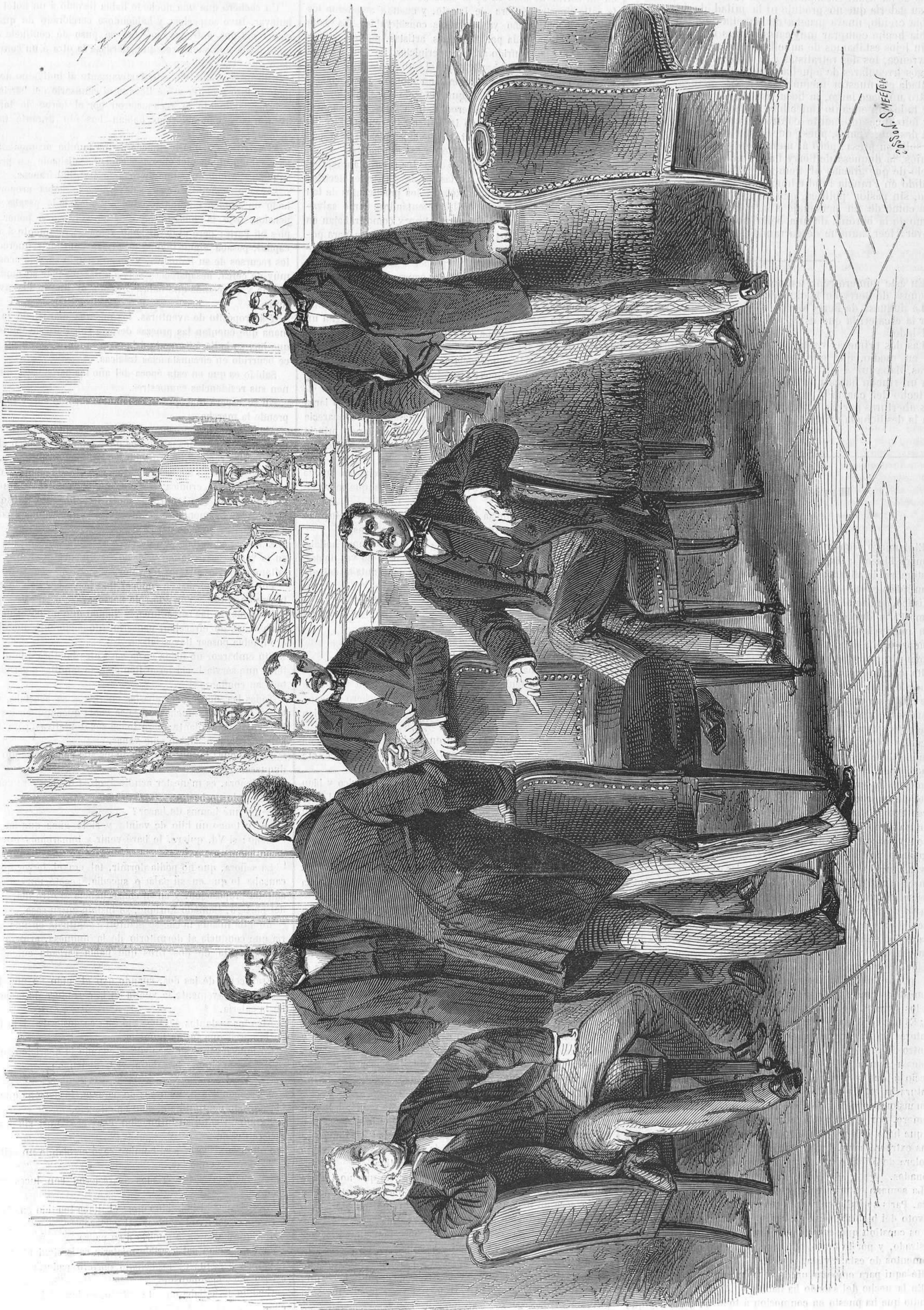
risa de la nueva duquesa disipaba muy luego aquella nube: ponía de manifiesto sus hijos los *Enfants de France*, como decían entonces, y ganaba su causa. Demasiado inteligente para no preferir los hombres de talento á los hombres de partido, habria merecido no verse envuelta en la catástrofe final.

Sin embargo, fué víctima de faltas que ella no cometió y tuvo que abandonar el país de adopcion que amaba mucho y que no debía volver á ver en toda su vida. Para los grandes de este mundo hay en esa transición súbita de todos los favores de la fortuna á todos sus rigores, algo tan increíble, tan imposible, que debemos perdonarlos si se dejan persuadir por sus amigos ó sus aduladores que *eso no ha sucedido*, que es una pesadilla, una sorpresa y que la Providencia les va á devolver lo que la casualidad les ha quitado. La duquesa de Berry se dejó engañar por tales ilusiones. ¿ Qué decir de su tentativa de 1832, del desembarco en Marsella, del levantamiento de la Vendée, sino que las almas generosas serán siempre en tales casos, de otro parecer que la fría sabiduría?

En aquel episodio hubo misterio; novela en aquella aventura, novela de heroísmo y de imprevision, donde se reconocen á la vez la ternura maternal, la inspiracion de una noble causa, la afición al peligro, el arrojo natural, el último suspiro del espíritu caballeresco, el recuerdo de los Estuardos, la influencia de las lecturas de Walter Scott; pero de un Walter Scott napolitano, que confundía la Escocia y el Vesubio. Por un refina-

miento de adversidad, aquel esfuerzo intentado por una madre en favor de su hijo, condujo á la ruina de su autoridad de madre: aquella incursión en la política y en la historia sumergió para siempre en la vida privada á la prisionera de Blaye. Su segundo casamiento la hizo perder todo lo que la dió ó prometió el primero.

Desde entonces, y durante aquellos treinta y ocho años de destierro, la duquesa de Berry no desempeñó ya ningun papel público; pero siguió siendo francesa por el corazón, princesa por la magnificencia, generosa como si hubiese tenido á sus órdenes los tesoros del real patrimonio; nunca rehusó ni contó lo que llamaba



EL PLEBISCITO. — El comité central plebiscitario. — Señores de Albufera, de La Gueronniere, almirante Bouel-Villaumez, conde de Lagrange, Emilio de Girardin, Clemente Duvernois.

G. S. S. S. S.

Chateaubriand el *denario de la viuda*, y sin el conde de Chambord habria sido insolvente en los postreros años de su vida. En aquella crisis tuvo efecto la venta de su galería que no produjo ni la mitad de lo que se habia creído, nueva prueba de aquella bondad que la habia hecho comprar muy caros lienzos inferiores. ¡Ay! cuán lejos estábamos de aquella época en que Hersent y Lawrence, los dos retratistas á la moda, reproducian los rasgos irregulares de aquella *bonita fea*, tal como está pintada en nuestra memoria, delgada, blanca, con el rostro un poco largo, la boca risueña, el talle alto, y sobre todo, un encanto indecible, el don de agrandar y de ser feliz incesantemente contrariado por los maleficios del destino. Vemos, pues, que hasta el fin la *jettatura* no soltó su presa; pero al menos en sus últimos infortunios, la duquesa de Berry habrá tenido el último consuelo de que gracias al tiempo y al espacio, se le ha podido en Francia rendir homenaje sin espíritu de partido, sin pasión política, que se ha podido hablar de ella como de un personaje á la vez real y quimérico, como de la heroína de una bella novela que se quería volver á leer, aunque desgarrando una página.

En este número representamos la casa que ocupó la duquesa de Berry en la ciudadela de Blaye.

La duquesa de Berry ocupaba el primer piso; subía por la escalerilla que está fuera y entraba por la puerta del lado.

Las dos primeras ventanas eran de su dormitorio. La de en medio, que está un poco más aislada que las otras, daba luz á un comedor transformado en oratorio. En un rincón habia una estufa que servía de altar. En el techo del cuarto y en el de la capilla, habian hecho dos aberturas por las cuales observaban todo lo que hacia la desdichada princesa.

A. DE P.

### Revista de Paris.

El domingo primero de mayo se abrió en el palacio de los Campos Eliseos la Exposición anual de Bellas Artes. Como de costumbre, la afluencia ese día fué considerable. Todos desean saber cuanto antes á qué atenerse en punto al mérito artístico de las obras expuestas, y luego en una población como Paris, donde la inmensa mayoría tiene que cumplir con imprescindibles obligaciones cotidianas, el domingo es siempre un día privilegiado. En Paris el descanso se reemplaza á menudo con una diversion, y ¿qué otra más noble y más culta que la de admirar las obras del arte? Así sucede que todos los días festivos del año el asombroso Museo del Louvre recibe un crecido número de visitantes. Las exposiciones anuales no pueden compararse ciertamente con esa colección que ofrece obras maestras de todos los tiempos y todas las escuelas admirablemente ordenadas y clasificadas; pero en cambio tiene el atractivo particular de ofrecer á la contemplación pública el trabajo del arte contemporáneo. Desgraciadamente, los que no han perdido ninguno de estos concursos que vienen sucediéndose con toda regularidad desde hace largo tiempo, han debido observar la decadencia del arte. La pintura como la literatura, después de aquel brillante período que tuvo hace treinta ó cuarenta años, ha venido en descenso siguiendo una proporción muy marcada. Ya no se han vuelto á ver aquellos grandes lienzos que en las exposiciones de entonces causaban la admiración general: los maestros á quienes se debían estar en el sepulcro, y si alguno existe todavía ya no toma parte en las exposiciones anuales. Poco á poco el arte se ha ido reduciendo en sus aspiraciones, y en vez de los grandes cuadros de historia, lo que tenemos hoy son esos cuadritos de género que tan bien adornan las habitaciones modernas, lujosas como nunca, pero exiguas hasta un punto indecible. Es una lluvia de escenas familiares y domésticas que, numéricamente, se puede comparar con la de los retratos, no menos persistente y abundante.

¿Es decir esto que falten obras de valor artístico, que los pintores de nuestros días carezcan de talento? Nada de eso, dentro de esta condición las obras expuestas ofrecen cualidades recomendables y sobre todo, si reflexionamos en el precio á que se venden, casi podemos decir que jamás la pintura ha estado más en boga, pues hay cuadro de menores dimensiones que la hoja de papel en que está impreso este número, por el que se da la suma de 150,000 francos. Por lo que hace á la cantidad, ya lo hemos dicho, es cada vez más extraordinaria. La Exposición de este año comprende la friolera de 5,409 obras. Tienen, pues, para distraerse los aficionados.

La semana es muy pobre en acontecimientos para la crónica. Paris se halla entregado más que nunca á la política. El voto del plebiscito es la gran cuestión del día; pero esta no es cuestión que corresponda á nuestro periódico literario ilustrado, y por lo tanto debemos buscar en otro campo los elementos de esta revista.

Hé aquí para empezar un deplorable acontecimiento.

En la noche del sábado ha habido en Paris un terrible incendio que ha puesto en conmoción á todo un barrio, y que

en las altas horas de la noche alumbraba una gran parte de la ciudad con sus siniestros resplandores. El fuego se declaró en un corral de madera de la calle de Chaptal en lo alto de la calle Nuestra Señora de Loreto, y cuando acudieron los auxilios habia hecho ya progresos considerables. La calle Chaptal está habitada por diferentes artistas, pintores y escultores que han sufrido grandes perjuicios. Se han perdido obras de gran valor, sobre todo en el estudio de M. de Pommayrac, que es en la actualidad un montón de ruinas.

El peligro era tan grande, que no solo los habitantes de las casas contiguas emprendieron á toda prisa la mudanza, sino que sucedía lo mismo en las calles adyacentes. El cuadro era pintoresco á la verdad, se puede emplearse esta palabra tratándose de una catástrofe de esa especie.

Como sucede siempre en tales casos los rateros aprovechan la ocasión para hacer de las suyas. Triste es decirlo; pero en tales lances abundan siempre los practicantes de tan mal oficio. El pretexto es fácil. Presentándose como salvadores se apoderan de cuanto encuentran y como trabajan en cuadrilla se pasan unos á otros los objetos robados para ponerlos, como ellos dicen, en lugar seguro. Mas de uno prendieron aquella noche con el cuerpo del delito. ¿Cómo saben encontrarse tan á la mano cuando ocurre un incendio? Diríase que en todos los barrios de Paris se hallan socios de la temible asociación dispuestos á entrar en campaña, pues de otro modo no se comprendería esa afluencia en un punto dado, cuando no ha habido tiempo de que circule en Paris la noticia del siniestro.

Verdad es que la abundancia de ellos es desgraciadamente extraordinaria. ¡Qué tipos! ¡Qué habilidad la de estos aventureros que viven del bien del prójimo!

Esta misma semana los diarios parisienses cuentan la larga odisea de uno de estos caballeros de industria que aparecía y desaparecía en épocas indeterminadas, ejercitando principalmente su espíritu inventivo contra los comerciantes de artículos de lujo, los fondistas y los cocheros.

Muy largo sería reproducir aquí todas las fechorías que se cuentan de este aventurero; pero hay algunas que merecen citarse particularmente.

Nadie como él conocía la topografía de la capital, los pasajes secretos y sobre todo las casas de dos salidas.

Una parte del día la pasaba en carruaje; siempre hallaba pretexto para sacar algunos cuartos al cochero en vez de dárselos, y el fin de la fiesta era que le dejaba plantado delante de una de aquellas casas de doble puerta.

Habia que verle en los restaurants á la moda.

Todo le parecía malo y barato; era lo que se llama un impertinente que podía servir de modelo.

Pero llegaban los postres y aquí era ella.

—Tengo que salir un instante, decía al mozo.

Y se ausentaba.

Empero como tenia su carruaje á la puerta no recelaban de él; pero al fin y al cabo el fondista y el cochero se contaban sus cuitas y comprendían demasiado tarde que habian sido engañados por el aventurero.

A veces abandonaba también en medio de la sala á una infortunada compañera, que convidada por él á comer, era su cómplice inocente.

Su traje y sus maneras eran las de un hombre rico y bien educado. Llevaba siempre una roseta cualquiera en el ojal, una de esas condecoraciones fantásticas que se ven tanto en Paris y que alucinan á tanta gente.

Tenia una lista de muchos parroquianos de importantes casas de comercio y con la mayor desfachatez se presentaba en su nombre, á veces con un escrito supuesto, y pedía mercancías que le eran entregadas y que debían cobrarse en casa del duque ó del marqués de quien se fingía mandatario.

Por supuesto cuando presentaban las facturas se caía en la cuenta.

En algunas ocasiones el amo de la tienda, que no quería cargar al condecorado personaje con las mercancías, las enviaba por medio de un dependiente; mas en estos casos el dependiente se encontraba en el vestíbulo de la casa con el comprador, quien le decía:

— Dame el paquete y corre á buscar á la tienda el artículo que he olvidado. Toma cinco francos de propina.

Un día eligió en casa de un platero un hermoso aderezo y dijo:

— Mientras hace Vd. la factura voy á enseñar el aderezo á mi parienta la duquesa que he dejado en la tienda de juguetes de ahí enfrente.

Con efecto, le confiaron las joyas, aunque siguiéndole con la vista, y dos dependientes salieron á la puerta dispuestos á echar tras él en cuanto tuvieran algún recelo; pero luego se tranquilizaron viéndole entrar en la tienda de juguetes y que hablaba con una señora elegantemente vestida.

Por supuesto, no conocía á esta señora, lo que no impide que entable con ella una conversación sobre los artistas en boga; pero un instante después se siente indispuerto y penetra en la trastienda para tomar un vaso de agua.

Ahora bien, la trastienda en cuestión caía á un patio, por el cual el aventurero se escapa á la calle.

Uno de los principales sastres de Paris tenia el honor de vestir al caballero de industria. No hay para qué decir que en cambio de sus lujosos trajes no ha visto jamás un solo céntimo,

Concluiremos por decir cómo fué preso el singular personaje, pues al cabo y al fin el más astuto de estos estafadores acaba por caer en sus propios lazos.

Un cochero que una noche le habia llevado á un hotel del bulevar, tuvo sospechas y habiéndose cerciorado de que la casa tenia dos entradas opuestas, se puso de centinela delante de la una y encargó que guardase la otra á un compañero.

Este último, que vió salir furtivamente al individuo designado le hizo prender y fué llevado al comisario del barrio.

Inmediatamente le reconocieron por el héroe de tantas aventuras y que en vano habian buscado durante tanto tiempo.

El aventurero, que pertenece á una familia acomodada y ha recibido una esmerada educación, ha disipado en prodigalidades la enorme suma de más de 400,000 francos.

Cansada su familia de sus calaveradas le habia proporcionado un empleo en una provincia y además le pasaba una pensión, bajo la condición de que no volvería á poner los pies en Paris; pero el desdichado venia secretamente á esta capital, pasaba algún tiempo en orgías continuas, merced á los recursos de su industria, y luego cuando se veía acosado muy de cerca, desaparecía y volvía á desempeñar su empleo.

Esta vez creemos que habrá llegado al fin de sus aventuras.

Y á propósito de aventuras, los mismos diarios de la semana que cuentan las proezas de este caballero de industria que hoy se halla felizmente á buen recaudo, refieren un lance ocurrido en circunstancias trágicas.

Sabido es que en esta época del año los parisienses disponen sus residencias campestres.

No se espera más que unos cuantos días de sol y se emprende la marcha.

Ahora bien, las posesiones abandonadas durante el invierno á la guarda de los jardineros ó los criados necesitan siempre algunos reparos, sobre todo las grandes propiedades.

En este caso se encuentra el palacio de un duque, cuyo nombre calla la crónica, situado muy cerca del bosque de Fontainebleau, con tanto más motivo cuanto que no se habita desde el lamentable acontecimiento que vamos á contar á nuestros lectores.

El duque se hallaba ausente y la señora se encontraba sola en la vasta casa, cuando echó de ver que poco á poco la iban faltando muchos objetos de valor.

Por ciertos indicios se conoció que los robos debían efectuarse de noche y por una sola persona.

Examinaron las cerraduras, y viendo que no ofrecían ninguna señal de efracción, pensaron fundadamente que el ladrón debía poseer llaves falsas.

Sin embargo, no habia en la casa otro hombre que el portero, que servía hacia largo tiempo á la familia y gozaba de toda su confianza.

Todas las noches cerraba las puertas y se acostaba muy tarde, tanto que muchas veces se habia quedado en las habitaciones de vigilante; pero todas sus tentativas para descubrir al ladrón habian sido vanas.

Viendo pues la inutilidad de todos sus esfuerzos, dijo á la duquesa:

— Señora, es menester acudir á otros medios; se conoce que yo solo no basto.

— ¿Y qué hemos de hacer?

— Yo tengo un hijo de veinte y siete años que ha sido soldado; si Vd. quiere, le haré venir y tomaremos nuestras disposiciones.

La señora, que no podía dormir, tal era el terror que la causaba lo que en su palacio sucedía, aceptó muy gustosa aquella proposición, y en su consecuencia al otro día, el hijo del portero, llamado Enrique, se instaló en su casa.

Aquella misma noche se plantó de centinela en una galería que conducía al dormitorio de la duquesa, armado con una escopeta de dos tiros que habia cargado cuidadosamente.

Fran cerca de las dos, cuando oyó el ruido de una llave que daba suavemente la vuelta en la cerradura de la puerta de la galería.

Algunos instantes después vió que se deslizaba á lo largo de la pared una forma humana.

Enrique levantó su escopeta y cuando la aparición se encontró en medio de la galería, gritó diciendo:

— ¡Alto!

No respondieron, y en vez de pararse, la persona que habia entrado continuó andando en silencio.

Enrique repitió su intimación dos veces más sin que le hicieran caso.

Entonces disparó, y el hombre cayó arrojando un grito.

Abrieron las puertas.

La duquesa y sus criadas aparecieron con luces en la mano.

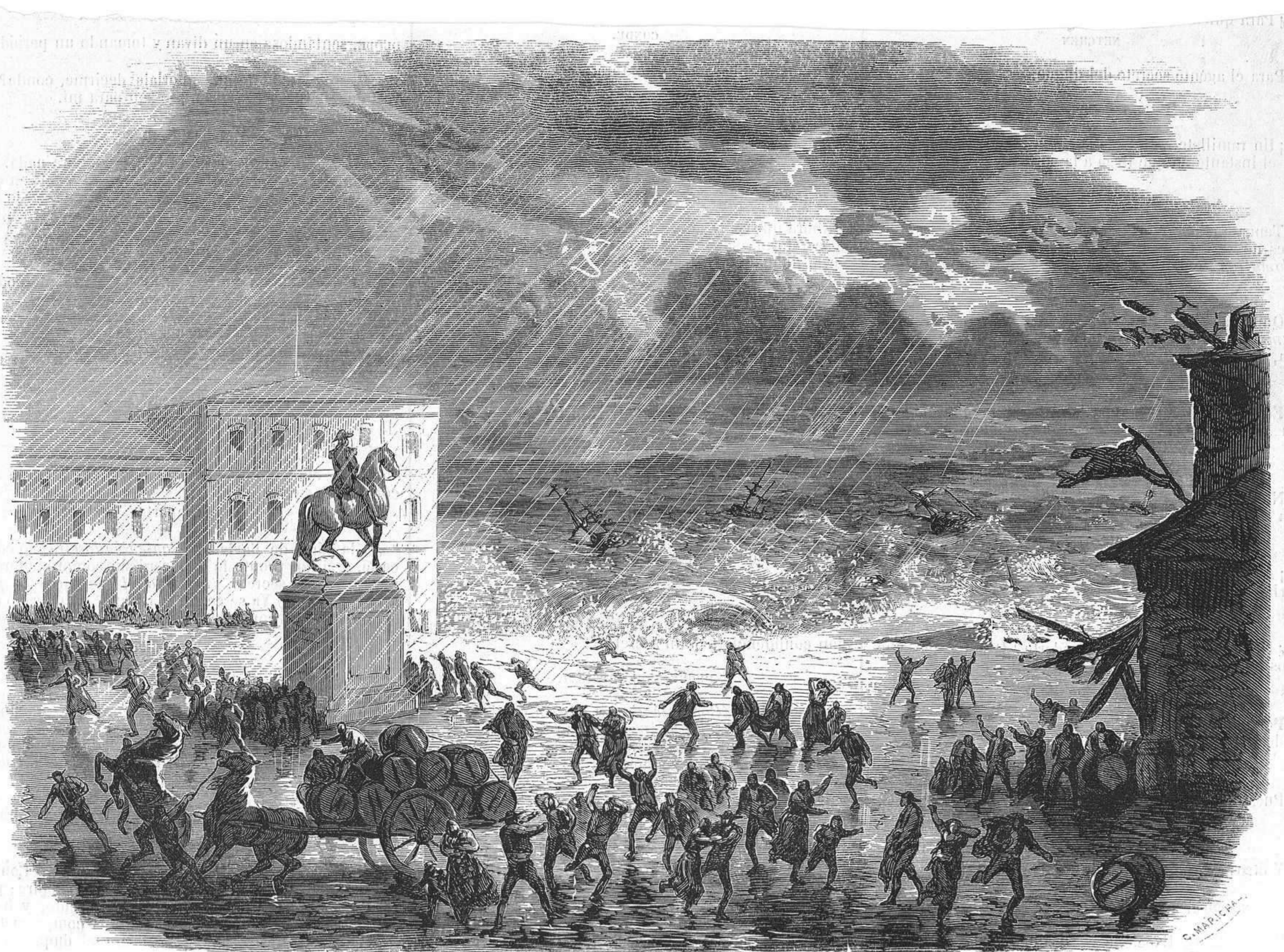
Acercáronse al individuo que se hallaba tendido en el suelo y reconocieron... el cadáver del portero.

Enrique habia dado muerte á su padre.

La explicación del horrible misterio es la siguiente:

Parece ser que el desdichado portero padecía frecuentes accesos de sonambulismo.

Cuando se hallaba en este estado, se levantaba por la noche, y como tenia las llaves de todas las puertas del palacio,



La tormenta del 18 de abril en Lisboa.

¿ Para que...

NETCHEN.

Para el agente secreto del duque.

CONDE.

¡ Un ramillete... enviado por una mano desconocida... en el instante en que llega á la córte!

BARON.

Tengamos por cierto que es una mujer... á los hombres no se les envían ramilletes... ¡ y qué ramillete!... *(Toma las flores.)*

CONDE.

Quizás se encuentre ahí algún mensaje. *(Arranca el ramillete al baron.)* No, no hay nada... ¿ Y qué caja es esa, Netchen?

NETCHEN.

Es una caja con la que debo tener mucho cuidado, pues pertenece al agente secreto del duque.

CONDE.

No soy curioso; pero querria saber lo que contiene esa caja.

NETCHEN.

¡ Ah, Excelencia! No me atrevo á enseñároslo, me mataría mi marido.

BARON.

¿ No estamos aquí para defenderte? Déjanos que echemos una ojeada.

NETCHEN.

Por nada en el mundo... aunque me diérais diez escudos...

CONDE.

Pues te los damos, aquí los tienes. *(Le da el dinero.)*

BARON.

Y otros diez de mi bolsillo, lo que harán veinte.

NETCHEN, permitiéndoles que abran la caja.

Sois testigos, Excelencias, de que habeis abierto la caja á pesar mio.

CONDE.

Un hombre, baron, un hombre.

#### ESCENA XI.

EL CONDE, SOLO.

CONDE.

Ahora que estoy solo, reflexionemos un poco. El agente secreto me suplantaré si no ando muy alerta. Voy á ver al duque para darle parte del casamiento que tenemos proyectado la duquesa y yo entre la princesa Ernestina y mi sobrino Oscar. El agente secreto no debe tener aun conocimiento de este asunto, puesto que se ha decidido esta mañana. Justamente aquí viene.

#### ESCENA XII.

EL CONDE, EL DUQUE.

CONDE, inclinándose.

Querria pedir una entrevista á Vuestra Alteza.

DUQUE.

¿ Se trata de firmar papeles?

CONDE.

No, por cierto: deseaba hacer á V. A. una comunicacion confidencial, es un secreto.

DUQUE, con presteza.

Un secreto... *(Conteniéndose y aparte.)* Debo afectar indiferencia para que se imagine que lo sé ya. *(Alto.)* Un secreto, conde, guardadle, no tengo curiosidad por saber cosas que no me conciernen.

CONDE.

Pero es'a concierne á V. A.; pues se halla en juego una persona por la cual os interesais naturalmente.

DUQUE.

¿ De veras? *(Aparte.)* ¿ Cómo hacerle hablar persuadiéndole que sé lo que me va á decir?... *(Alto.)* ¿ De quién se trata pues?

DUQUE, sentándose en un divan y tomando un periódico.

¿ Y eso es todo lo que queriais decirme, conde? Ya veis que vuestros secretos no lo son para mí.

CONDE.

Lo veo, en efecto; Vuestra Alteza no ignora nada. Estoy confundido, y con frecuencia me he echado en cara no ser el primero en poneros al corriente de lo que ocurre; pero obedecia á S. A. la señora duquesa... En lo sucesivo...

DUQUE.

Basta de excusas, conde; en lo sucesivo nada podreis decirme que yo no sepa. Lo sé todo...

CONDE.

¿ Todo... todo?

DUQUE.

Todo, os lo repetiré cien veces.

CONDE, sacando un papel de su bolsillo.

¿ Hasta el contenido de este despacho dirigido á la córte de Baviera?

DUQUE, aparte.

¿ A la córte de Baviera? *(Conteniéndose.)* Creo conocerle, y si no, pronto le conoceré sin comprometeros... por mi agente secreto. *(Rechaza el papel que le presenta el conde.)* Ya se acabó el tiempo, mi querido conde, en que una comunicacion vuestra habria podido ser un servicio.

CONDE, enjugando el sudor de su frente.

Me desespero: permitidme al menos que pregunte á Vuestra Alteza cuál es su opinion sobre el asunto contenido en el despacho, á fin de que tenga el honor de obrar con arreglo á los deseos é intereses de Vuestra Alteza.

DUQUE, tomando el papel, recorriéndole con sorpresa y aparte.

¡ Un tratado deshonroso con Baviera! *(Alto.)* Conocia el asunto, y diré lo que pienso de él á mi madre; pero recoged ese papel que no quiero haber leído, y haced vuestro informe á la duquesa: podriais comprometeros prolongando vuestra conferencia con el duque. Hasta otra vez, conde.



CONDE, aparte.

Ese agente secreto es el diablo en persona... lo sabe todo. (Váse.)

DUQUE, llamando.

Buen descubrimiento. (El duque se pasea con agitación. Sale un criado.) Mi sombrero. (El criado trae el sombrero y le deja encima de la mesa.) Voy á dar una vuelta por el parque, necesito tomar el aire. ¡Qué posición es la mía! Intrigas sin fin, asuntos de Estado que tratan en mi nombre sin que yo sepa nada; una esposa que me eligen sin consultarme; la mano de Ernestina prometida al conde Oscar... Nunca me ha gustado ese fátuo; pero hoy le detesto... ¿Habrán consultado á Ernestina?... Sí, y quizás ama al conde Oscar... La fatuidad agrada á las mujeres... Y yo que á veces pensaba... pero no; que se case con el fátuo si la agrada... ¿Qué me importa á mí? (Sale Ernestina, que se encuentra en la puerta con el duque.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE, ERNESTINA.

ERNESTINA.

¿A dónde vais con tanta prisa, querido primo?

DUQUE.

Al jardín... á pasearme.

ERNESTINA.

¿Sin sombrero? (Toma el sombrero de encima de la mesa y se le da.) Tomadle, que hace frío.

DUQUE.

Para mí hace mucho calor, señorita.

ERNESTINA.

Me pareceis conmovido... turbado... ¿Qué os ha sucedido?...

DUQUE.

Nada para quejarme... Me ha divertido mucho una cosa que me acaban de contar... es la historia de una mujer vana y de un fátuo.

ERNESTINA.

Vaya, algun cuento... ¿Y quién es el autor?..

DUQUE, con intencion.

Mi agente secreto, señorita. (Saluda, se cubre y váse con una solemnidad afectada.)

ESCENA XIV.

ERNESTINA sola, despues NETCHEN.

ERNESTINA.

Su agente secreto... ¡ja, ja, ja!... Mi serenísimo primo está un tanto agitado esta mañana. « Mi agente secreto, señorita. » ¡Ja, ja, ja!... (Se sienta.) Olvida que soy yo quien le ha enseñado el papel; pero de todos modos quiero descubrir la causa de su mal humor. (A Netchen, que entra riendo.) ¿Qué es eso, Netchen? ¿Por qué te ries?

NETCHEN.

¡Ah, señorita, es que acabo de ver al conde tan alarmado!... No habla mas que en voz baja, temiendo que le oiga el agente secreto, y no pronuncia una palabra sin registrar antes por debajo de las mesas y por detrás de las cortinas.

ERNESTINA.

¡Pobre conde!

NETCHEN.

No tiene mas que una idea fija, la de descubrir al misterioso desconocido, y me ha ofrecido un bolsillo bien repleto si quiero ponerle en relaciones con él.

ERNESTINA.

¿Y te habrás negado? (Se levanta.)

NETCHEN.

Por supuesto, toda mujer principia siempre por negar lo que desea. Me negué; pero no pude menos de cerrar la mano cuando el conde me puso en ella el bolsillo.

ERNESTINA.

¿Y has vendido mi confianza?

NETCHEN.

Al contrario, señorita, vengo á justificarla preguntándooos lo que debo hacer para cumplir la promesa que he hecho al conde.

ERNESTINA.

Con efecto, vale mas así, que te crea interesada por su causa; gracias á lo que has sabido por su ayuda de cámara y lo que he sabido yo por otra parte. Así podré aumentar la perplejidad ministerial. Este papel es una de mis máquinas de guerra. (Enseña un papel.) Se trata de dejarle caer al paso del conde.

NETCHEN.

Despachad, pues oigo que se acerca por esta parte.

ERNESTINA.

Bien, aquí lo encontrará. (Váse con Netchen, despues de haber dejado caer el papel.)

ESCENA XV.

EL CONDE STEINHAUSEN, solo.

CONDE.

¡Hum! ¡Hum! (Mira en su derredor con ansiedad.) ¡Qué suplicio hallarse bajo la influencia de un observador invisible! ¿Quién va?... ¡Ah! No he dicho nada... He hablado alto... Si alguien me escucha (vuelve la cabeza por todas partes), quiero decir que no tengo miedo de que me oigan, no... (Distingue el papel caído.) ¿Qué es eso?... (Abre el papel.) « Notas del parte cotidiano del agente secreto. » ¡Oh, qué suerte!... ¿Estoy solo?... ¿No me habrá visto alguien recoger el papel?... No, nadie. Leamos pues, el precioso documento, por fin voy á penetrar el misterio... (lee). « Memorandum: El conde Steinhausen llamó esta mañana á las nueve, tuvo una entrevista particular con su barbero y bajó á almorzar á las diez. » ¿Cómo lo ha visto? (lee). « El conde tenia menos apetito que de costumbre. » Ya lo creo, no tenia ninguno (lee). « No hizo mas que mascullar dos bocados de jamon y uno de pastel trufado, se comió un par de huevos fritos y se tomó dos tazas de café. » ¿Con que no solo toma nota de todas las palabras que salen de mi boca, sino tambien de todas las cosas que entran en ella? (lee). « Despues de almorzar, el conde se tranquilizó y envió á los diablos al agente secreto. » ¡Ah! Esto es escandaloso, un familiar de la inquisicion no seria mas minucioso; pero veo aquí algo que me da mas zozobra (lee). « MEMORANDUM. El ministerio está quebrantado en su base; la duquesa se dispone á sacrificar al conde. » ¡Ah! me lo temia; pero yo me adelantaré (lee). « Y el conde no espera mas que una ocasion para hacer traicion á la duquesa. » ¡Tunante! ¿Cómo lo habrá descubierto? Continuemos (lee). « La mision que me ha confiado S. A. está desempeñada con buen éxito. Esta tarde á las seis en punto estaré á la orilla del estanque echando pan á los patos. » ¡Qué complicacion! Es para volverse uno loco... ¿Qué hacer?... ¡Ah! Una idea... ¿Y si vigilara yo el agente secreto?... Estará á la orilla del estanque á las seis en punto... Tambien puedo estar yo y presentarme á él... De todos modos le veré, conoceré á ese demonio de la corte... Sí, estaré en el estanque á las seis en punto... (Continúa leyendo, y sale el conde Oscar, que atraviesa rápidamente el escenario; pero el conde le detiene.)

ESCENA XVI.

EL CONDE, OSCAR.

CONDE.

¡Ah! Oscar, pareceis tener prisa; pero debo deteneros para comunicaros una cosa que os interesa.

OSCAR.

Querido tío, decídmelo cuanto antes, pues estoy de servicio para acompañar á S. A. la duquesa á su paseo de esta tarde.

CONDE.

Son dos palabras: os preparo un casamiento.

(Se continuará.)

El anfiteatro galo-romano

DESCUBIERTO EN PARIS

El descubrimiento que se acaba de hacer de un anfiteatro galo-romano detrás de la montaña de Santa Geneveva, es un suceso arqueológico de altísima importancia. Varios historiadores de Paris creían en la existencia de antiguas arenas, fundándose en algunos docu-

mentos auténticos, y hasta hubo un poeta del siglo XII, Alejandro Neckam, que celebrando detalladamente las Maravillas de Paris, habla en estos términos del circo romano:

Indicat et circi descriptio magna theatrum  
Cypridis; illud idem vasta ruina docet.

Gregorio de Tours habla tambien de un circo en el cual dió Chilperico juegos á los parisienses.

Las obras de nivelacion que acaban de ejecutar para abrir la calle Monge, han puesto á descubierto una parte de aquellas ruinas sepultadas hacia siglos bajo una capa de escombros de 15 á 18 metros de altura.

Por una feliz casualidad, el trazado de la calle Monge pasa al lado de las Arenas, casi á su nivel, de modo que su recinto es accesible. Rebajando al suelo de un terreno vendido á la compañía de los omnibus de Paris, se principiaron á descubrir, hace algunos meses, enormes murallas dependientes del edificio. Antes de saber lo que eran, destruyeron una parte, hasta que al acabar la nivelacion reconocieron el recinto circular llamado podium.

Todas las corporaciones científicas de Paris visitaron tan preciosos restos, y aconsejaron su conservacion, en tanto que el comité de trabajos históricos de Paris, que bajo la ilustrada direccion de M. Ch. Read, cuida de todos los monumentos curiosos de la capital, obtuvo de la Compañía de los omnibus algunos dias de gracia, antes de la destruccion de esos últimos vestigios, para poder hacer excavaciones.

Una de las sociedades mas activas de Paris, la Sociedad francesa de numismática y arqueología, intervino entonces, y con una audacia bien justificada, instaló una comision en las ruinas de las Arenas, abrió una suscripcion para su compra, y provocó una manifestacion en favor del mas antiguo monumento de la capital.

Su iniciativa ha sido secundada por todo el mundo. La Compañía de los omnibus principió por conceder otro plazo de algunos dias, y mas de 40,000 visitantes han ido ya á las Arenas á ofrecer sus suscripciones. El emperador, el prefecto del Sena, la mayor parte de los miembros del cuerpo municipal, casi todos los ministros, muchos diputados y todos los hombres sabios y distinguidos que hay en Paris, se han apresurado á saludar el antiguo monumento de las fiestas populares, y á contribuir á que tan preciosos restos se conserven.

Sean cuales fueren las dificultades que haya que vencer para comprar las Arenas de Paris, se puede considerar como ganada la causa defendida por la Sociedad de numismática; la atencion pública está alerta: « No se consumará en nuestro siglo la destruccion de un monumento de tamaña importancia, » dijo un ministro que ha visitado dos veces las Arenas. — Es preciso, ha escrito M. H. Martin, asegurar la salvacion de ese gran resto de la antigüedad, cuya destruccion seria una afrenta para Paris á los ojos de la Europa. »

La porcion de las Arenas que está descubierta comprende apenas el tercio del monumento. Los otros dos tercios están sepultados bajo el jardin de un convento contiguo; se ha sacado á luz una parte del muro interior llamado podium, sobre el cual estaban las primeras graderías, así como dos cuartos cuadrados que probablemente estaban destinados á los gladiadores. Las dos excavaciones de exploracion que se han hecho en el suelo de las Arenas, han bastado para probar que está lleno de objetos preciosos para los arqueólogos. La primera, ejecutada en presencia de la Sociedad de numismática, ha dado por resultado el descubrimiento de un bajo-relieve que reproducimos (fig. 4), y de un crecido número de medallas pertenecientes á los reinados de Numeriano, Gordiano III, Tétrico, Claudio el Gótico, Graciano, Juliano II, Constantino el Grande, Constantino II, etc. La medalla mas antigua descubierta en las Arenas, pertenece al reinado de Adriano. La segunda excavacion reveló una sepultura muy interesante: un esqueleto de grandes dimensiones estaba extendido de Norte á Sur bajo unas losas, y á la derecha del cráneo se ha encontrado una vasija blanca de barro con adornos encarnados (fig. 2). Este objeto, cuya edad no se ha determinado todavía, se halla en un estado de conservacion notable.

La Sociedad de numismática ha organizado, en el mismo terreno de las Arenas, un museo en el que reúne el producto de las excavaciones. Allí hemos visto dos de las antiguas graderías en las cuales hay grabadas inscripciones MNPP y OC (fig. 2 y 6), cuyo sentido no se ha descifrado aun. Un crecido número de cacharros forma una série cerámica de todos los siglos, desde las tierras encarnadas de Samos, de las que hemos visto bonitas muestras, hasta las tierras con baño del siglo XV (fig. 3 y 4).

Para concluir, daremos algunas noticias de lo que costaria comprar las Arenas. La parte descubierta ocupa una superficie de 2,500 metros, que la Compañía de los omnibus ha comprado por 270,000 francos, y á esta suma hay que añadir 27,000 francos por los gastos de nivelacion ejecutados, lo que forma un total de 297,000 francos. Si se deducen de esta cantidad los 40,000 francos que la suscripcion ha producido hasta el dia, se necesitan 287,000 francos para salvar esos preciosos vestigios. Además, aun habrá que comprar 3,000 metros del jardin del convento contiguo; pero no hay prisa: la tierra sabrá conservar las construcciones que guarda hace quince siglos, hasta que se haya reunido todo lo que falta.

J. M.

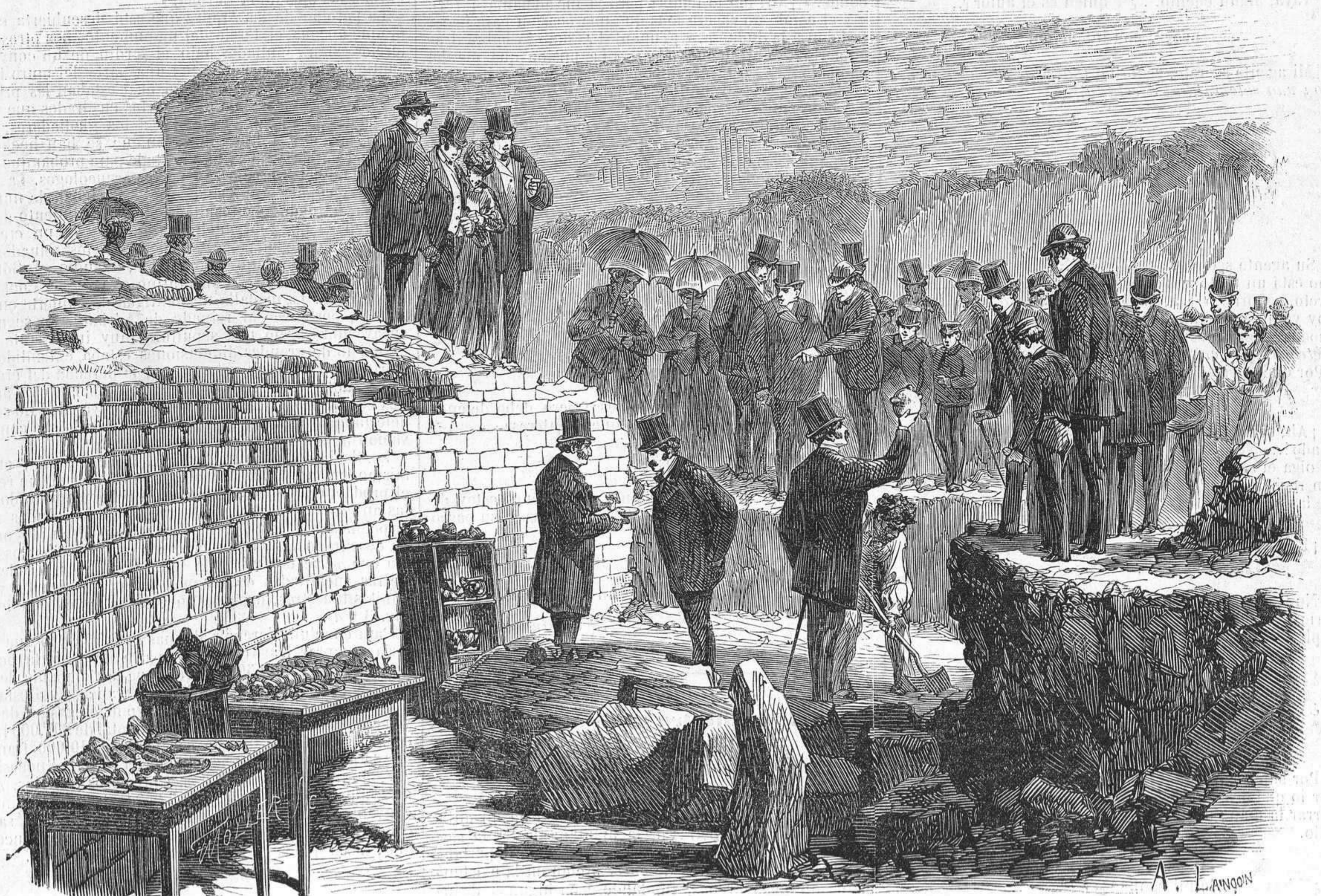


2 3

4

6

LAS ARENAS DE PARIS — Objetos hallados en la excavaciones de la calle Monge.



Las arenas de Paris. — El público visitando las excavaciones.



LOS PASEOS DE PARIS. — Bosque de Vincennes : la Cascada.

### La cascada del bosque de Vincennes.

Representamos en este número la cascada del bosque de Vincennes, que es hoy uno de los paseos predilectos de los parisienses.

Para obtener el agua que se necesitaba en el bosque de Vincennes, se ha recurrido á la porción de fuerza motriz no utilizada por MM. Darblay en su fábrica de Saint-Maur, á la caída de 3 metros 50 centímetros del canal creado por Napoleón I. Esa porción de fuerza pone en movimiento dos maquinarias hidráulicas de doble efecto del sistema llamado *geminé*, de M. Fournayron, que accionan dos cuerpos de bomba ejecutados por M. Farcot. Estas rechazan el agua á un grueso conducto de fundición de 35 centímetros de diámetro, que la lleva á un receptáculo embetunado establecido cerca del camino de Gravelle, en el punto culminante del bosque de Vincennes, á unos 40 metros sobre el nivel del Marne. El conducto suministra unos 6,000 metros cúbicos de agua por veinte y cuatro horas. El receptáculo de Gravelle contiene unos 20,000 metros cúbicos, y se ha embetunado por la mala naturaleza del terreno, y porque debajo hay canteras que se explotan. Este receptáculo puede vaciarse, ya con el sobrante, ya por medio de válvulas que siguen dos direcciones. A una de estas válvulas han adaptado un conducto de hierro batido embetunado (sistema Chameroy) que pasa por debajo de las praderas de Gravelle, prolonga la *Ferme imperial*, cuyo abastecimiento asegura con una presa de agua y desemboca en la punta de Joinville, formando una fuente que figura el origen de un río.

P. P.

### El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

— Emilio, repitió Soliman, debe por lo menos ser castigado como enemigo nuestro, pues lo es en efecto, según lo manifiesta aquella carta.

— No, contestó Monterilla: Emilio no escribió esa carta. Sin embargo, bien castigado queda procurando que viva, hasta que siendo miembro de esta junta, llene las funciones que desde el principio acordásteis imponerle, cuando sometido ese papel á vuestra consideración, resolvisteis se clavase ahí donde está en esa pared, para que cuando Emilio sea nuestro colega y portero de la compañía, apague sobre esa carta este candil todas las noches al cerrarse la sesión.

— Pero supongamos, dijo Soliman, que no se logre todo eso, ¿qué se acuerda hacer con Emilio en semejante caso?

— No sé, repuso Monterilla; pero si os recordaré que los acuerdos de la junta no pueden revocarse; y el que dispone se conserve á Emilio para que sea nuestro colega, está firmado por mí, como presidente, y es necesario procurar se lleve á efecto.

— Pido, pues, que ese acuerdo se adicione, dijo Soliman; y la adición debe concebirse en estos términos: « Si fuere al fin imposible atraer á Emilio Castelvi, se tratará de hacerlo morir para vengar á la compañía de los insultos irrogados á ella en la carta de este joven. »

— Considere la junta con la madurez que corresponde, dijo Monterilla abriendo el libro, esta adición de Soliman.

Luego, previa la fórmula de estilo, escribió y firmó el acuerdo.

— Mas yo quiero, añadió Soliman, que no se mate siempre como se mató la otra noche: eso es muy peligroso, y pido se extienda un artículo prohibiéndolo, á menos que no sea en caso de necesidad comprobada ó evidente, y que solo sea lícito quitar la vida, haciendo previamente que quien debe morir salga de Bogotá, para que matándolo en un camino solitario, como debe hacerse mañana con don Juan, se pueda echar el cadáver al primer río que se encuentre, y correr la voz de que el muerto es alguna persona ahogada por desgracia.

— Yo también pido, añadió Oropimente, que se agregue ser lícito aprovechar para el mismo objeto las ausencias que se hagan voluntaria ó casualmente.

— Eso se entiende implícitamente, decidió Monterilla, quien tomando el libro, escribió y firmó igualmente este acuerdo.

— Resta por último en la gerarquía el doctor Témis, continuó luego cerrando el libro.

— Eso me toca á mí, dijo el Mordedor, que como se recordará, sabía todas las noches, pero que no hablaba jamás en la junta sino cuando directamente le importaba la discusión. Yo creo que si el doctor Témis se encarga de mi defensa, debe ser perdonado. No solo eso: del

primer botín que ganemos en nuestras empresas debe separársele una cantidad en oro para remunerarle su trabajo, según es de justicia; y para que yo pueda darle las gracias como corresponde.

— Soy de la misma opinión, dijo Monterilla, porque nada es más justo, siempre que á mí solo se atribuya la gloria de esa defensa, como está acordado.

Y tomando otra vez el libro, firmó el último acuerdo de aquella sesión.

— Van á dar muy pronto las dos de la mañana, dijo después, y por consiguiente es la hora de que empiece á ejecutarse el acuerdo de noche, en el que se dispuso el modo como deben irse preparando las cosas respecto de Emilio, para que Enrique pueda marchar, como lo desea, á las cinco de la mañana, instruido ya de los sucesos misteriosos cuya noticia debe llevar á la gente que está en las fiestas.

— Muy bien, dijo el Mordedor; al efecto traigo ya bien preparados mi disfraz y mi tiple.

— Que se disfrace el Mordedor en nuestra presencia dijo Soliman, con el fin de ver si queda en la figura que conviene para aterrar á Emilio, pues de lo contrario la farsa viene á ser ridícula y no sirve al intento de disponerle bien la imaginación y hacer más eficaz el éxito de la revelación que ha de hacerse la noche del concierto.

El Mordedor entonces sacó un disfraz que tenía por objeto hacer una figura aterradora y misteriosa. El disfraz quedó aprobado por la junta, y el Mordedor, antes de irse á la cárcel, se encaminó con su tiple para la esquina de la casa de Emilio.

### XXIV.

#### LAS FIESTAS.

En la noche que tuvo lugar la junta de que acabamos de hablar, se trataba particularmente por los enemigos de Emilio, de hacer que sucediesen algunos acontecimientos misteriosos y alarmantes acerca de él, para que cuando Enrique al día siguiente llegase á las fiestas, fuese provisto, aunque sin saber él mismo el objeto, de noticias tales, que al oír las don Juan, emprendiese inmediatamente su viaje para Bogotá.

En efecto, al día siguiente partió Enrique para las fiestas andando muy aprisa, no solo á virtud de la celeridad de su caballo y por la vanidad que cifraba siempre en hacer rápidas jornadas, sino también porque agitado con la idea de los sucesos que sabía haber acaecido la noche anterior y de cuyos detalles fué instruido oportunamente á virtud de disposiciones adoptadas al efecto por Monterilla; deseaba vivamente ser el primero que daba en las fiestas aquellas noticias, para tener el gusto de llamar por este medio la atención y hacer interesante su llegada.

Algunas horas después de Enrique partió también Oropimente, para apoderarse con tiempo de su sitio señalado y aguardar el indudable tránsito de don Juan por aquel punto.

A la una del día llegó Enrique á un paraje desde el cual se divisaba el lugar de las fiestas que comenzó por ofrecerse á sus ojos, primero reflejando los rayos del sol sobre los toldos blancos, que formando una multitud de tiendas campales aumentaban el caserío de paja que alojaba la población.

Después empezó á ver también algunos grupos de señoras que andaban de paseo, y gentes á caballo que corrían por diferentes partes.

Todo esto le reanimó el deseo de llegar pronto, lo que acaso no era muy conveniente á los intereses del congreso de Monterilla; pues si don Juan alcanzaba á salir muy temprano, todo se malograba.

Enrique llegó á la plaza del lugar á tiempo que casi toda la gente de las fiestas estaba en el baño ó en el paseo; de modo que apenas encontró algunas señoras, que sentadas á la sombra de los árboles, parecían cansadas ya de la alegría, y sustraídas de ella: á varios vecinos que andaban en la plaza disponiendo con mucha actividad la refacción de la cerea para la corrida de toros; y á otros que subidos sobre los tablados y andando en actitud encorvada, por la poca elevación de la cubierta, disponían y arreglaban las colchas ó el laurel que debían adornar los claros y las columnas.

Enrique se encontró por allí con don Alejo que andaba á pié recorriendo la plaza y dictando órdenes que según la expresión de su fisonomía, parecían relativas á graves y serios asuntos, pero que sin embargo no tendían á otro fin que el arreglo y policía de las fiestas.

Don Alejo con mucha atención se acercó á saludar á Enrique, deteniéndole el caballo por la brida y elogiándolo mucho á la vez que lo miraba de arriba abajo y observaba el sobresalto que manifestaba el hermoso animal al ver llegar los manojos de laurel con que un niño desde el tablado inmediato, en que de rodillas se inclinaba sobre el antepecho, le tiraba para espantarlo y hacerlo brincar.

Don Alejo muy cordialmente ofreció su casa á Enrique; pero este que no quería proceder á dar sus noticias porque la escena no era suficiente para ello, se limitó á preguntarle en qué casa estaba alojado su amigo Anselmo y dónde se hallaban á la sazón él y toda la gente de Bogotá.

— Anselmo se ha alojado en aquella casa, le respondió don Alejo señalándosela; pero actualmente está reunido con toda la gente que se fué á pasear y que ya debe volver porque son las dos de la tarde.

— ¿Con ellos estará también don Juan?

— No, señor; él y Santiago se fueron solos á pasear por otra parte: ambos han estado insufribles en estas fiestas, y don Juan particularmente no ha pensado sino en volverse para Bogotá, de tal modo que ha costado mucho trabajo detenerlo.

— Me voy pues á buscar á Anselmo ú á otros amigos, dijo Enrique picando el caballo para irse antes que don Alejo empezara á exigirle noticias de Bogotá.

Al volver la esquina alcanzó á divisar á mucha distancia una gran partida de gente que venía aprisa y muy alegre, con la que á pocos momentos afrontó, y quitándose el sombrero saludó en general. Fué recibido en ese grupo animado con gritos estrepitosos que todos los jóvenes que allí venían, amigos y no amigos suyos, se empeñaron en lanzar porque hacia rato les estaba haciendo falta un dominguillo con quien desahogar su rebosante buen humor. Este recibimiento tan entusiasta y lisonjero para él, al estar todavía á algunos pasos de distancia, vino á serle casi funesto, cuando algo más cerca, é intentando la mayor parte de los jóvenes salirle al encuentro velozmente, para abrazarlo desde á caballo en medio de la carrera, se vió en alternativos riesgos, de los cuales pudo escapar los primeros, hasta que al fin vino á tierra entre otros, que habiendo caído en el encuentro aquí y allí, daban su golpe por muy bien empleado, con tal que los demás se rieran y los tuvieran por gente de humor.

Mientras Enrique logró desembarazarse de semejante arremetida, las señoras que iban á la carrera, llegaron con los demás á la plaza, sin cuidarse de los que quedaban por el suelo; cosa que en concepto del presuntuoso Enrique, no pudo depender sino de que les había disgustado mucho que le hicieran sufrir un porrazo en ocasión que su presencia deseada las había agitado extraordinariamente.

Levantándose después para montar, vió venir muy cerca cuatro jóvenes que se habían quedado atrás y que andaban no muy aprisa, trayendo en la mano sus respectivas botellas; uno de ellos era Anselmo que venía en un caballo fatigado, con Ricardo y otros amigos recíprocos y comunes.

— ¡Vamos, Enrique! ¡qué simple eres! le dijo Anselmo meciéndose sobre el caballo y con una cara en que las cejas trataban de levantarse cuanto los párpados por su parte se cerraban. ¡Qué simple! ¿no es verdad? ¿Para qué estás caído? Mira: mejor es que *montes* en esta botella ¡bien! monta, añadió destapando la botella y tratando de ponérsela á Enrique en la boca, repitiéndole que *montara*, en la creencia de que le decía que *tomara*. Monta, hombre, mira que está muy bueno.

Enrique no podía contestar porque los otros repetían la misma invitación, y él con mucha docilidad se ocupaba en admitir á cada uno su respectiva oferta. En tomar se pasó un rato hasta que rogó que lo dejaran ir porque las señoras lo esperaban.

Anselmo debía hallarse ébrio desde antes de montar, porque su caballo estaba enjaezado solamente con una jácquima ordinaria, el galápago sin estribos, y hacía atrás llevaba cuatro docenas de voladores, de los que desde el principio se olvidó completamente, por la misma causa que ya iba Enrique olvidándose de sus noticias y de Bogotá.

Al fin este consiguió montar, bien que Anselmo entre tanto se quedó derramando el aguardiente en el suelo por imaginarse que lo recibía la boca de su amigo.

— Vámonos, dijo este ya montado y viendo á Anselmo quieto con la botella boca abajo.

— ¿Luego ya estás á caballo? preguntó él.

— Perfectamente, contestó Enrique.

— Llévame entonces por el cabestro, le dijo su ébrio amigo; pues que este animal está borracho y no puedo hacerlo caminar aprisa como lo exige nuestra edad.

Enrique obedeciendo tomó por el cabestro el caballo de Anselmo y siguieron todos para la plaza, en la que ya las señoras se habían desmontado y se divertían en diferentes cosas.

Al tiempo que llegaron Enrique y sus compañeros, en la mitad de la plaza bailaba torbellino el cura vestido con su sotana y su sombrero de paja medio ahumado; la pareja era Baciliza, que con cabello suelto por venir del baño, daba con agilidad las vueltas acompañadas no solo por dos sonoros tiples que dos vecinos tocaban á su lado, sino también por las palmaditas de don Sandalio, que haciendo piruetas al rededor, repetía riendo á carcajadas:

— Por aquí, Baciliza: vamos á entonar la *aleluya*.

— ¿Qué es aquello? preguntó Anselmo al divisar el baile.

— Que Baciliza está diaconando, gritó Ricardo sentado sobre la cerea.

— ¿Y qué tal sabe diaconar Baciliza? preguntaba Anselmo acercándose á Ricardo.

Mas este sin hacerle caso exclamaba:

— ¡Que dejen á Baciliza de coadjutora, porque tiene los cuatro grados y está tonsurada!

— ¡Mentira! decía don Sandalio.

— Me consta, porque tengo los despojos de la tonsura, gritaba el otro.

— Que se quite el padre, exclamaba Anselmo acercándose al cura; yo soy, señores, el excusador del curato.

— No tal, gritaba Ricardo; que yo soy el verdadero sota-cura.

— Entonces yo echaré el vino, dijo Anselmo acercándose más al cura, con una botella destapada para hacerlo tomar.

— Me gustan, gritaba Ricardo, los acólitos del torbellino, ¡Baciliza! ¡Baciliza! Voy á numerar al cura: le toca el número 20 y es el amante de coro.

Entre tanto el cura, con la tentación de la botella, se vió en la necesidad de acabar su torbellino, separándose del puesto para irse con Enrique á los fogones en que estaban asando unas terneras. Entonces Ricardo montó en el caballo de Enrique, hizo montar á otros muchos en los que había ensillados, y principalmente á doña Leoncia, para que capitanease una cuadrilla é improvisasen unas carreras, que al momento, á pesar del grave riesgo que corría la madre de Baciliza, empezaron con mucha animación y contento de la multitud, y con el mayor desorden en los cuadrilleros de ambos sexos.

Poco despues reaparecieron el cura y Enrique con sendos pernils en la mano, é improvisaron otras carreras por fuera de la cerca, persiguiendo á las damas de un modo muy agradable, para entenderlas la cara con la grasa de la carne. A ejemplo de estos dos se fueron presentando en breve otros muchos, mientras que las señoras, armándose igualmente con pedazos de carne ó con manotadas de ceniza, trabaron un combate muy bullicioso y festivo, durante el cual gritaba el cura y repetía don Sandalio:

— ¡Viva la civilizacion! ¡Viva el buen humor! ¡Viva la ceniza de adiviento!

Las cuadrillas de á caballo, observando que se quedaban sin espectadores, se acabaron de un modo muy frio; y los dos cuadrilleros Ricardo y doña Leoncia, se fueron á buscar á Baciliza, á quien apenas pudieron distinguir cuando la encontraron con la cara toda engrasada y en la necesidad de volver á bañarse.

Con esto se fueron todos muy contentos á comer, mientras llegaba la hora en que debía comenzar la corrida de toros, para la que ya estaba dispuesto todo, del mejor modo posible.

Entre tanto don Juan y Santiago, que como se ha dicho se fueron ese día á pasear solos por puntos retirados, llevando sus provisiones para no volver hasta muy tarde, estaban sentados á la sombra de unos árboles, ofreciendo un cuadro lánguido y melancólico.

— No se abata Vd., decía don Juan á Santiago, por una mujer que probablemente no le ha inspirado mas que una ilusion pasajera; por una mujer que no ofrece otro incentivo que las esperanzas con que engaña, y á la que no es posible amar por ninguna razon justificante.

— ¿Es decir, don Juan, que Vd. sí cree que Baciliza se ha conducido indignamente?

— ¿Y quién puede dudarle?

— ¿Mas por qué mostrará Baciliza ese carácter?

— Porque tiene muy mal corazon y no ha recibido una educacion elevada; porque su sociedad es ruin y vulgar; y sobre todo, porque tiene la flaqueza de ser muy vana, y la tontería de cifrar su vanidad en que la vean amada por un número abundante de jóvenes, sin advertir que el número de amantes es el termómetro, no de la belleza y del mérito, sino del desearo con que se prodigan las esperanzas violando el decoro para comprar con él las galanterías despreciables de algunos ociosos...

— No diga mas, don Juan: eso es muy doloroso para mí. Yo creo á pesar de todo que Baciliza es disculpable, y que puede ser que amando al fin de veras á alguno de sus pretendientes, me elija á mí, que tanto lo merezco por la sinceridad con que la amo.

— No sería imposible eso, en verdad, dijo don Juan: y aun creo haber presenciado algunos rasgos que me inclinan á pensar pueda ser Vd. el amante que ella prefiere.

— Repítame eso, don Juan; que tales palabras me hacen feliz.

— Tanto peor entonces, pues no quiero lisongear su pasion, porque mi amistad la condena, y lejos de alimentársela, debo procurar extinguirla.

— No sea Vd. cruel, que yo le prometo que sin necesidad de eso olvidaré á Baciliza; pero poco á poco, no así repentinamente, pues eso es como matar algo que uno mismo ha creado, algo que le es muy querido y muy sensible.

— Pero que debe morir, porque es un algo que desde que nació está condenado á muerte.

— Sin embargo: ser uno mismo el verdugo...

— No, señor: quien está encargado de matar su mal colocado amor, es solo Baciliza. A Vd. no le toca sino ser dócil, servir de cadalso y dejarlo morir.

— No, don Juan: tal vez Baciliza me ama. Cuando regaló en mi presencia la rosa que le dí; cuando oí que dijo á Ricardo las mismas expresiones de afecto que acababa de decirme, y á don Sandalio las que habia dicho á Ricardo; cuando ví que le decía á Anselmo secretos que lo lisonjaban y observé que bailó con el cura toda la noche; en una palabra, cuando yo me mostré disgustado por su ligereza, ella me pareció muy triste. No, don Juan, estoy seguro de que Baciliza ha tenido hoy un día amargo. Permítame Vd. la franqueza de hablar cual si estuviera solo: no puedo creer que Baciliza no haya llorado hoy; tal vez no habrá ido al paseo, pensando en que ha ofendido á un amante tan leal como yo, tan apasionado y sincero. ¿Cómo no ha de sufrir mucho, al observar que no he procurado verla, ni presentarme en la sociedad en que ella está, despues de haberla mirado anoche con tanta indiferencia? Todo esto ha debido causarle una profunda pena, aunque fuera muy insensible; tal vez aun cuando no me amara, porque perdía un amante del que se ha mostrado muy contenta; pues si yo me resolví á hablarle con franqueza, fué solo movido de la ternura de sus miradas y de algunas expresiones afectuosas que avanzó, cual si ha-

biendo adivinado mi amor, hubiera querido dejarme conocer que estaba pronta á aceptarlo con gratitud. ¿Cuántas veces no me dijo que yo le parecia inconstante? ¿Cuántas no me repitió que tal vez me gustaba Mariquita y que yo la prefería?... ¡Don Juan! convenza Vd. en que Baciliza además se ha manifestado algunos ratos muy triste: ¿qué habrá sido hoy, despues de haberla mirado anoche con tanta indiferencia y tratado intencionalmente con mas galantería á Mariquita? Tan seguro estoy de que Baciliza ha llorado en este día, como puedo estarlo de mi propia pena.

— Quizá, dijo don Juan: he oido asegurar que algunas de estas mujeres suelen fijarse.

— ¿Y por qué Baciliza no ha de haberse fijado en mí? Don Sandalio es un estólido, Anselmo un disoluto, Ricardo no la quiere y se burla de ella...

— ¿Y se sabe, preguntó don Juan, si el catálogo se acaba con Vd?

— No sé por lo menos que Baciliza tenga otros amantes.

— Aunque los tuviera, repuso don Juan: si es Vd. el preferido, poco importa que el escuadron tenga una compañía de mas ó de menos.

— ¡Oh, si ella me amara! exclamó Santiago ¡cómo volaría yo á pedirle perdon y jurarle nuevamente mi amor! En verdad, don Juan; no debo afligirme todavía; tengo aun muchas esperanzas. Ya me imagino que esta noche cuando entremos á la sala del baile, estará Baciliza triste, taciturna y pálida... Sí, no hay duda, va á presentarse sin remedio con las señales del estrago causado por el pesar. ¡Pobre Baciliza! He sido harto cruel; pero ella se pondrá contenta, bailaremos... haremos las paces... ¡Oh! don Juan ¡qué felicidad!

— ¡Envidiable! Santiago: sus amores son una delicia que provoca.

— Es verdad; lo que tiene es que yo soy excesivamente celoso, don Juan: de ahí proviene toda mi desgracia. Mas esta noche voy á decir á Baciliza que eso mismo le debe probar la grandeza, la dignidad y fineza de mi amor: ella me comprenderá, porque es tambien tan celosa, que se disgustó la otra noche conmigo solo porque le serví á Mariquita un vaso de agua. No, don Juan: Baciliza me ama y yo debo pedirle perdon.

— Por mi parte celebraré mucho que se reconcilien, pues tengo experiencia de que las ilusiones de esa especie se calman y aun concluyen con una reconciliacion posterior al desengaño.

Durante esta conversacion don Juan y Santiago, aun cuando estaban á mucha distancia del lugar, alcanzan á oír la gritería y los cohetes que denotaban el bullicio en la plaza y la corrida de toros en que se divertía la gente.

Santiago se imaginaba que Baciliza estaria echándolo

menos, y esta idea lo congratulaba aunque de un modo muy amargo. Ya era bastante tarde y don Juan invitó á su triste compañero á que regresasen.

Quando llegaron al lugar casi era de noche; por lo que apenas tuvieron el tiempo necesario para vestirse como convenia á la funcion del baile, en la que no les fué posible presentarse hasta despues de haberse bailado la primera pieza.

Quando Santiago entró á la sala, Baciliza lejos de estar triste, pálida y retraida como su inexperto amante se habia imaginado, estaba colorada, alegre y festiva, rodeada de Anselmo, el cura, don Sandalio, Ricardo, Enrique y otros muchos que formando á su alrededor un círculo alegre y numeroso, apenas dejaron á Santiago distinguirla desde lejos. Todos pedían á Baciliza walses y contradanzas y se disputaban el orden en que debían bailar con ella, que fingiendo confusion, los miraba alternativamente con esos ojos esperanzantes que decia don Juan, y que se fijaban con dulzura y expresion en cada uno de los corifeos, incluso el cura.

Todos le daban celos con diversos personajes ausentes, cuyos nombres jamás habian llegado á oídos de Santiago, de quien nadie absolutamente se acordaba allí.

Este se persuadió entonces con horrible pesar, de la insensatez de sus ilusiones, y sintió que en su corazon agonizaba alguna cosa que lo hacia agonizar á él igualmente. Imposible le habria sido dar un paso de baile aquella noche, aunque don Juan le advertía que su papel iba á ser el objeto de la risa general, si no trataba de sobreponerse á tan ridículo sufrimiento.

Enrique en el corrillo galante no se acordaba ni de Bogotá ni de cosa alguna que no fuese las fiestas ó Baciliza, Anselmo ó las botellas.

Mas don Juan luego que lo vió, dejando á Santiago se le acercó, le dió un golpecito en el hombro y tomándolo del brazo lo arrancó del corrillo para ponerse á pasear con él por la sala mientras se tocaba la otra pieza.

— ¿Qué ha dejado Vd. en Bogotá? le preguntó con interés.

— ¡Hombre! exclamó Enrique parándose. He dejado cosas admirables... ¡Anselmo! ¡Ricardo! Venid todos aquí, que voy á referiros sucesos muy curiosos.

Al oír esta invitacion abandonaron á Baciliza creyendo que algo muy importante tendria que decirles Enrique.

— ¿Saben Vds., continuó este, que han vuelto para Bogotá los tiempos de los espantos?

— ¡Vaya una simpleza! exclamó Ricardo volviéndose donde Baciliza.

— Ven, Ricardo, repitió Enrique: mira que es cierto cuanto voy á referir; te aseguro que hay brujas en Bogotá y que anoche mismo se han aparecido.

— Me alegro, dijo Ricardo; pues me gustan en extremo los espantos, y quiero á las brujas como buen galan que mira en ellas las coquetas célebres del siglo XVIII.

— ¡Buenas muchachas y bonito nombre! exclamó Anselmo: si vuelven las brujas protesto que me caso con la mas redonda.

— Y yo con la mas larga, dijo don Sandalio.  
— De esas fué la de anoche, continuó Enrique; era mas larga que el padre cura y le dió un gran susto á Emilio.

— ¡Qué sabe Vd. de asustar! repuso don Juan, ¡seria capaz Emilio de asustarse con algun mamarracho!

— Pero es que advierta Vd., don Juan, que el mamarracho hablaba y tenia puñal y tiple: el mamarracho probablemente era un asesino.

— ¡Bueno! dijo Ricardo: el mamarracho vale algo.  
— Ya sabrán Vds. que anoche asesinaron á don Mateo...

— ¿Es cierto eso por fin? preguntó don Juan.

— Sí, señor; y el espantajo de anoche, que segun unas mujeres de la vecindad, no era sino el alma bendita de don Mateo, se ha aparecido á las dos de la mañana, en la esquina de la casa del señor Osman, llamando la atencion primero con un tiple y despues cantando en tono de responso, estas palabras: ¡Infeliz Emilio! ¡que te compadezca Adelaida! No fué solo eso: en el patio han aparecido hoy dos manos de difunto que tenian escritas en la palma y con letras de sangre, la una esas mismas palabras que cantaba el espectro, y la otra las siguientes: ¡Emilio desafía la muerte y no teme la desgracia!

— Esa burla es muy amenazante para Emilio, dijo Ricardo.

— Las manos que aparecieron, continuó Enrique, se dice son las de don Mateo. Además, en la esquina de la casa se ha visto, y yo lo ví con mis ojos al pasar por allí cuando me venia, una mano pintada, como si se hubiera limpiado en la pared la de un asesino.

— ¿Y Emilio, que ha hecho? preguntó don Juan.

— Monterilla me refirió esta mañana en el puente de San Victorino, que decían haberse sobrecogido de espanto cuando, desde su cama, alcanzó á oír las exclamaciones del espectro. Es de suponer cuánto seria el pavor suyo al principio; mas aseguran que luego indignado al oír pronunciar de tal modo el nombre de Adelaida, se levantó y salió á la calle armado de un estoque; pero el espectro desapareció. Se dice tambien que al ver Emilio las manos del cadáver y las palabras que estaban escritas en ellas, cayó en un estado de indisposicion nerviosa que lo tenia abismado en una horrible tristeza. Adelaida tambien debe estar muy afectada, no solo por haber oido cantar así su nombre en una esquina, sino principalmente por haberlo visto escrito con sangre en la mano de un muerto. Sin embargo, para mí

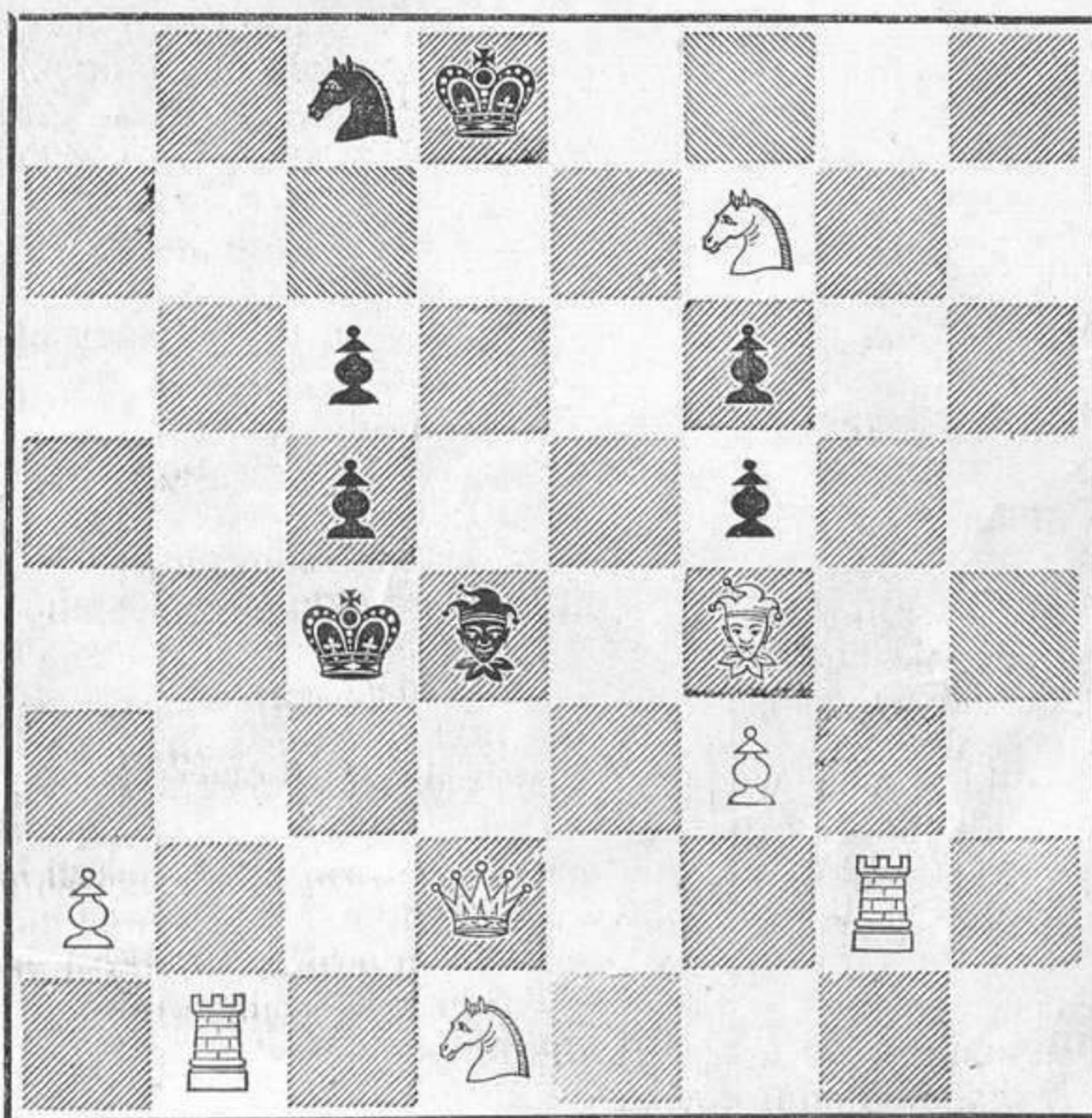
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 311.

- 1 T 5ª T P toma T
- 2 C 4ª R R toma C ó R 5ª A
- 3 C 6ª Ra jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 312, POR M. PAVITT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Proprietarios responsables,

X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

tengo que su afliccion proviene mas bien de que no ignoraba que yo debia venirme hoy...

— ¿No hay mas? interrumpió don Juan.

— Me parece, dijo Enrique, que esto no es poca cosa para un hombre que, como Emilio, blasona de ser tan sensible, tiene una imaginacion tan tétrica, y está además tan alebrestado desde la carta de Monterilla.

— Basta, dijo don Juan saliéndose con Santiago al corredor. Me voy, continuó dirigiéndose á este en voz baja, me voy para Bogotá, porque no puedo permanecer aquí mas tiempo.

— ¿Qué es eso? preguntó Ricardo, que saliendo en pos de ellos, llegó al corredor y oyó estas palabras.

— Se quiere ir don Juan ahora mismo, contestó Santiago.

— No se irá, repuso Ricardo, tomándolo del brazo; camine Vd. para dentro y pónganos la contradanza.

— ¡Imposible! Ricardo; me voy ahora mismo.

— ¿Qué es? gritaban otros dejando la sala por ir á ver de qué se trataba en el corredor.

— No dejemos ir á don Juan, repitió Ricardo; llevémoslo alzado para adentro.

— Don Juan se irá, decía Santiago; déjenlo Vds., pues si el asunto que lo lleva no fuera grave, es claro que no emprenderia viaje á estas horas.

— Pero son las nueve de la noche, replicó Ricardo, ¿qué puede hacer con marchar en un momento tan inoportuno?

— Llegar á Bogotá al amanecer, dijo don Juan, y salir pronto de la inquietud que me atormenta en estas fiestas que han sido mi martirio.

— Es verdad, añadió Santiago; dejémoslo ir. Camine, continuó tomándolo del brazo: vamos á arreglar el viaje, que yo me voy con usted.

(Se continuará.)

### Exposicion de 1870

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

Se acaba de abrir la exposicion de Bellas Artes en el palacio de los Campos Elíseos, y como de costumbre, comenzamos hoy á reproducir por medio del grabado las obras mas notables, acompañándolas con breves noticias críticas y explicativas



SALON DE 1870. — Pitonisa, por la señora condesa Colonna.

*El carro volcado*, cuadro de M. E. Lejeune. — M. Lejeune es un especialista para estas escenas familiares: es uno de los pocos artistas que saben elevarlas á la categoría de obras de arte por el mérito de la ejecucion. Esta composicion es armoniosa, está bien agrupada, y en cuanto al dibujo y al colorido merecen tambien cumplidos elogios. No obstante estas cualidades que parecen haberse reunido para desarmar á la crítica, creemos que hay detalles de observacion mal comprendidos. El grupo del tiro es irreprochable: los dos primeros chicos corren perfectamente, como que ignoran todavía el peligro, en tanto que la niña del segundo término, que ha visto ya el accidente, se aparta con precipitacion echando hácia atrás una mirada desesperada, pues tiembla por la criatura que una madre imprudente habia confiado á sus cuidados. El segundo grupo no es tan feliz: el muchacho que va en el carro conserva un semblante bien sereno en medio de la catástrofe: seguramente deberia asustarse, si no por él, por la criatura. Finalmente, se puede decir tambien que la caída del niño de pecho no está bien estudiada: por lo regular la cabeza toca al suelo la primera en virtud de la ley de gravedad: ¿para qué esa chichonera si se admite que el niño levantará instintivamente la cabeza como una persona mayor?

*Pitonisa*, escultura, por la señora duquesa Colonna.

La señora duquesa Colonna es una artista de primer órden, que hasta el dia ocultaba su nombre con el seudónimo de *Marcello*. Razon tiene para mostrarse celosa al justo renombre de Marcello y para reclamar altamente en su favor el mérito de sus propias obras. El arte ennoblece á todos los que le cultivan.

La duquesa Colonna no es una adepta de la escuela clásica en materia de arte. Las severas bellezas de la escultura antigua la atraen menos que las gracias hechiceras de la escuela italiana del Renacimiento. No indagaremos si la estatua que ha expuesto con el nombre de *Pitonisa* realiza en efecto el tipo real ó consagrado de la profetisa antigua, ni queremos examinar si la actitud de esa jóven en su tripode, si la expresion de su semblante demuestran el delirio, las furibundas alucinaciones de las locas sacerdotisas que daban oráculos. A falta de pitonisa, nos queda una preciosa figura, modelada con noble arte, una mujer moderna de una coquetería seductora, en dos palabras, una adorable pitonisa de salon.

A. DE L.



SALON DE 1870. — *El carro volcado*, cuadro por M. Lejeune.